

maestro da al discípulo un caballo árabe magnífico, regalo del rey de España, y Van-Dick parte como había partido Rubens, veinte y cuatro años antes, lleno como él de esperanza y porvenir.

El joven pintor, ansioso de aventuras, no anda mucho sin encontrar lo que busca. Se detiene en Saventhem, cerca de Bruselas, enamorado ya de una aldeana; á petición suya, y para complacerla, pinta dos cuadros para la iglesia de su aldea. En el primero, que representa á San Martín dividiendo su capa con un pobre, se retrata él mismo montado en el caballo blanco que le ha regalado Rubens; en el segundo, que representa la Sacra Familia, coloca el retrato de su amante, de su padre y de su madre. En fin, parte para esa eterna Italia, querida de todo el que tiene algo de poesía en el corazón; allí lucha cuerpo á cuerpo con el Ticiano y Pablo Veronese; iguala al uno por el modelo de las carnes y al otro por la seguridad del colorido; pasa después á Génova donde en sus *Escenas de la Italia*, Mery, el poeta romancero, nos le muestra pintor y amante; á Roma donde se consuela de su viudez; á Sicilia, donde se figura que dos de sus discípulos serán los únicos grandes artistas que poseerán jamás Messina y Palermo, y por último vuelve á Amberes donde pinta para la iglesia colegiata un *Cristo entre los dos ladrones* que los canónigos se niegan á admitir tratando el cuadro de mamaracho. ¡Ignorancia suprema demostraron aquellos canónigos!

De Amberes pasó á Inglaterra, á donde le llama Carlos I; allí es donde hace ese magnífico retrato que los ingleses ofrecen á nuestro Museo cubrir de oro: acógele el rey como una potencia, le da una pensión considerable, y le condecora con la orden del Baño. Este es el cuarto de hora brillante de la vida de Van-Dick. El pintor tiene una querida, una mesa y trenes que causan la envidia del príncipe real. Van-Dick, que no tiene ya nada á qué aspirar en lo material, aspira á lo imposible; sueña en la solución del gran problema, edifica una bóveda, compra crisoles, se hace alquimista; el oro que corre de su estudio á su laboratorio le sirve para buscar el medio de hacer oro. El rey, que le ve perder su fortuna en insensatos experimentos, y su salud en nocturnos placeres, le hace casarse con la hija de lord Ruthven, descendiente de aquel que, á la vista de María Estuardo, había asesinado cien años antes al músico Rizzio; luego, cuando le ha hecho poseedor de una de las más bellas, de las más nobles y más ricas herederas de la Gran Bretaña, le manda llevar su muger al continente, pero ha esperado demasiado tarde; al cabo de seis meses vuelve Van-Dick á Inglaterra, se agotan los manantiales de su vida, los más hábiles y solícitos cuidados no pueden salvarle. Muere á los cuarenta y dos años, y es enterrado en la iglesia de San Pablo.

He aquí la existencia de esos hombres llenos de honores, ardiendo de amor y genio. Vivos, pasan como meteoros á través del mundo que iluminan. Muertos, tienen una capilla por sepulcro, y una catedral por mausoleo.

Después de haber visto esas maravillas de pintura, aunque no tenía mucha curiosidad de ver otra cosa, como me quedaban aun dos horas largas entre la de cerrarse el Museo y la salida del convoy del camino de hierro, fui al puerto que es el único paseo de la ciudad: aquí, lo primero que llama la atención es bastante extraño; como el Escalda forma una revuelta á un cuarto de legua de la ciudad y desaparece de la vista, parece de lejos ver los buques de alto bordo, que siguen sus sinuosidades marchar por el llano y adelantarse hacia la ciudad por medio de alguna locomotora invisible.

Napoleon, cuyo sistema marítimo era colocar los grandes puertos de construcción en el interior de las tierras, en las embocaduras de los ríos más importantes, fué quien pasando á Amberes con Decrés, apreció la situación de esta ciudad, y mandó conducir á ella inmediatamente quinientos presidiarios de Brest para comenzar los primeros trabajos. Napoleon tuvo en aquella ocasión que vencer las objeciones de su ministro, que prefiriendo á Flessinga, le hizo observar, que si por algún suceso no probable, pero posible, llegaba á ser desmembrada la Bélgica de la Francia, sería muy sensible que se hubiesen hecho grandes gastos en la construcción de un puerto extranjero y hostil. Napoleon reflexionó un momento, luego: «La Bélgica, respondió, no puede pertenecer más que á un enemigo de los ingleses.» En virtud de esta positiva decisión, y gracias á aquella poderosa voluntad, por decreto de 21 de julio de 1803, mandó el gobierno la construcción del arsenal y almacenes marítimos. El 16 de agosto de 1804, colocó el prefecto la primera piedra del taller central de la marina, é hizo la inauguración del arsenal, y á fines de 1805, las tres corbetas *Faeton*, *Velera*, *Favorita*, y la fragata *Carolina* de cuarenta y cuatro cañones, se botaron al agua.

Así, en 1803, Amberes no tenía un solo buque que la perteneciese, ni un solo capitán capaz de hacer un viaje largo; y desde 1806 por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta seiscientos veinte y siete buques con aparejo de bricks, sloops y smack; además tiene dos magníficas conchas donde se construyen á la vez diez navios de línea, el *Amberiensis*, el *Comercio de Lyon*, el *Carlo-Magno*, el *Duquesclin*, el *Audaz*, el *César*, el *Ilustre*, el *Terco*, el *Dálmata* y el *Albanés*.

La ciudadela, que sitiaron en 1832 á favor de los belgas, sus fortificaciones fueron construidas por los españoles. En la esplanada de esta fortaleza es donde el duque de Alba, para perpetuar el recuerdo de la batalla de Gem-

ningen, se hizo levantar una estatua, que con el brazo estendido hacia la ciudad, le exigía obediencia, mientras pisoteaba al pueblo y la nobleza representada por un monstruo de dos cabezas, con las armas de los Mendigos, es decir, la escudilla y la alforja. Requessens sucesor del duque de Alba, hizo derribar aquella estatua, que se enterró bajo los escombros, donde el pueblo le descubrió en 1577. Tal era el odio contra el ministro de Felipe II, que los amberienses la pusieron una cuerda al cuello, la arrastraron por las calles y la hicieron pedazos.

En 1635, con los restos que de ella quedaban, se fundió el crucifijo que corona la puerta grande de la catedral.

GANTE.

Los caminos de hierro serán una maravillosa invención para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía. Si Sterne hubiese tomado el camino de hierro de Calais á París, ciertamente no hubiese encontrado el burro cuya historia nos ha referido; y si yo hubiese tomado el camino de hierro de Villeneuve á Martigni, es más que probable que no hubiese hecho en Bex aquella famosa pesca de truchas que ha provocado una gran controversia entre los anticuarios y por tanto, adiós el *Diario Sentimental* y las *Impresiones de Viage*, lo cual sería, como se convendría en ello, una pérdida más deplorable que la de la famosa biblioteca de Alejandria.

Al volver de Amberes á Bruselas, supimos que los caminos de hierro de S. M. Leopoldo I hacían de las suyas. La antevíspera, el convoy de Termonde, picado por no sé que mosca, saliendo de repente de sus rails, se había ido tranquilamente á través de los campos; y una vez allí, había ejecutado con maravillosa destreza tres volteretas sobre sí mismo, sembrando en la llanura un regimiento de infantería que trasportaba con armas y bagages, el cual se levantó, se sacudió el polvo, volvió á formar y prosiguió su camino á pie con un orden que hizo el mayor honor á sus oficiales instructores. Mas no era esto todo: la vispera, un pontonero ebrio se había olvidado de ajustar los puentes, de modo, que el convoy que volvía de Brujas, y al que se descuidó dar el aviso de aquel accidente, iba á caer todo enteró en el Leys, cuando felizmente entre el tercero y cuarto carruaje, se habían roto las cadenas de union, de modo,

que no se ahogaron más que media docena de personas, en vez de doscientas que hubieran podido ser; dicha que fué apreciada por todos, excepto por los que habían tenido la suerte de colocarse en los tres primeros carruajes.

Como desde el establecimiento de las locomotoras de vapor no existe ya competencia, nos vimos obligados, á pesar de aquellos dos accidentes, á tomar al día siguiente por la mañana el camino de Gante, á riesgo de caer de cabeza en el tercero.

Generalmente, según dicen, se anda el camino de Bruselas á Gante, es decir, diez y ocho leguas, en tres horas; nosotros empleamos en ellas cinco. Pero nos hicieron observar que de aquellas cinco horas, dos se habían pasado en esperar, inmóviles y empaquetados en nuestros asientos, á que el convoy de Brujas hubiera vuelto, y por consecuencia, puesto que aquellas dos horas no se habían empleado en el camino, no debían contarse. Por mediana que fuese esta razón, nos fué preciso adoptarla como excelente. Por lo demás, esta forzada estación me había ofrecido una excelente ocasión de admirar la calma flamenca. En aquellas dos horas todos habían permanecido en su asiento sin dar la menor señal de fastidio, y sin informarse siquiera de por qué no avanzábamos. Tan solo tres ó cuatro franceses, á quienes se conocía por su impaciencia y por la manera defectuosa con que, según los belgas, hablaban nuestra lengua, zumbaban y se movían en sus carruajes respectivos, como zánganos alrededor de una colmena. Todo el secreto de la prosperidad belga está en estas dos palabras: Orden y paciencia.

En todo caso, la Flandes parece haber sido hecha adivinando los caminos de hierro. No sé si desde Bruselas á Gante han tenido que nivelar ni un hormiguero. De modo que el país, constantemente llano, es poco pintoresco; en cambio las casas más pequeñas tienen un aspecto de limpieza y un aire de felicidad cuya vista agrada mucho.

En cuanto llegamos á Gante, nos detuvimos en la fonda de los Países Bajos, que se recomienda por sus recuerdos históricos, además de recomendarse por sus cualidades materiales. En el mismo sitio estaba situada la casa donde se reunían secretamente el conde de Egmont y Guillermo el Taciturno.

Mi primer cuidado fué hacerme llevar al mercado del Viernes, es decir, al centro de la antigua ciudad: en esta plaza ó á su alrededor es donde ha pasado toda la historia comunal de aquel pueblo siempre en guerra con sus señores ó sus vecinos. El castillo de los Condes, edificado en 867 por Beaudoin Brazo de Hierro, domina ó más bien preside todavía el mercado; pero su puerta, almenada en 1180 por Felipe, conde de Flandes y de Vermandois, está flanqueada hoy por dos casas bastante mezquinas, de las que la de la izquierda

da sirve de alojamiento al oficial encargado de hacer ejecutar las sentencias capitales. Gracias á este anejo, que no hace honor al gusto arqueológico de los ganteses, este castillo habia perdido mucho de su apariencia formidable, cuando para acabar con ella fué vendido á un tal Brisemaille, que hizo de él una fábrica. No hay corcel por hermoso que sea, dicen los chalanes, que no termine siendo caballo de berlina, de alquiler ó de fahona.

Al primer aspecto nos habia admirado la inmensa afluencia que vimos al llegar á Gante, cuando todo nos lo esplicó una palabra: la máquina cuyo primer ensayo hacíamos sin saberlo, se llamaba la Artebelda.

Ese respeto religioso que los ganteses han conservado al nombre de su defensor, hizo nacer en mí inmediatamente el deseo de ver lo que quedaba de aquella casa plebeya tan bien descrita por Froissart. Así al dejar la plaza del Mercado, y despues de haber visitado el antiguo palacio de los condes de Flandes, mandé me condujeran á la calle de la Calandria. Pero en vez de las venerables ruinas que iba á buscar allí, encontré edificada una linda casita, una manzanita, revocada de nuevo como todas las casas belgas; de ningun modo la hubiera reconocido como descendiente de su venerable abuela, si el blason tan conocido de Jacobo, y el mas problemático de su muger, no hubiesen sido colocados en la barandilla que está ante los balcones. Por lo demas, á pesar de aquella prueba, si yo hubiese dudado todavía, la siguiente inscripcion me hubiera convencido de ello; está escrita en gruesos caracteres, encima de una puerta baja, por la que se entra, bajando algunos escalones:

IN HET HUY VAN
ARTEBELDE
VERCOOPT MEN DRANK.

Lo cual quiere decir en el mas puro flamenco que jamás se habló de Ostende á Amberes:

EN ESTA CASA
DE ARTEBELDE,
SE VENDE DE BEBER.

El lugar, como se ve, estaba predestinado. Pero si la casa está destruida, la callejuela por la que Jacobo intentó huir, existe todavía, y se llama la boca de los Sapos.

Ahora bien, sabrá el lector, aunque esto sea poco lisonjero para él si es francés, que en aquella época los belgas, tan reconocidos á los servicios que prestábamos á sus condes, como á los que despues hemos prestado á su rey, nos llamaban los *saperos*, como hoy nos llaman los *franquillones*. Se fundaban para la aplicacion de este apodo en que nuestras flores de lis, que crecian hierros de lanzas, no

son, segun ellos, mas que sapos. ¡Pobres flores de lis, que jamás hubieran creído se las trataría tan mal cuando brillaban en el peto de San Luis, en el escudo de Felipe Augusto, ó en la espada de Duguesclin!

Ahora se adivina por qué aquella callejuela se llama el Agujero de los Sapos, porque como hemos dicho, Artebelde fué muerto allí por los partidarios del rey de Francia.

Al dejar la calle de la Calandria para seguir, segun mi costumbre, adelante al acaso, vi un sombrero tricolor enarbolado al extremo de una vara como la gorra de Gessier; no queriendo esponerme á tocar una manzana sobre la cabeza de nadie, pregunté qué signo era aquel, á fin de rendirle los honores que le fueran debidos. Entonces supe que era una señal cuyo objeto era recordar el patriotismo que habian desplegado en la revolucion de 1830 *los hijos del principe*. Mas como respecto de esa denominacion aristocrática pudieran equivocarse nuestros lectores, nos apresuraremos á decirles qué es esa línea real de que acaso todavía no hayan oido hablar.

Cárlos V, que por mas que digan la Academia y el *Constitucional*, se ocultó mas de una vez en su armario antes de ser emperador, y aun despues de serlo; cuando era rey de España y conde de Flandes, trabó íntima amistad con una linda carnicera, á la que el monarca popular visitaba frecuentemente: el resultado de sus visitas fué un hermoso muchacho, de tan bello rojo, que no le quedó medio á Cárlos V de dudar un solo instante de su paternidad: en su júbilo preguntó á la madre qué deseaba, prometiendo concederla su demanda. La carnicera pidió que el privilegio de matar y vender la carne en toda la ciudad se concretase y quedase perpétuamente en la descendencia masculina de su hijo. La petición fué concedida; el carnicero imperial tuvo dos hijos, y estos fueron el tronco de dos corporaciones que existen todavía hoy bajo el título de los carniceros en grande y en pequeño de Gante. Cuando Napoleon visitó la Flandes en 1810, los pequeños carniceros, apelando á sus privilegios, reclamaron y obtuvieron el honor de servirle de guardia. Escoltado por ellos, pasó el emperador bajo el arco de triunfo que habian elevado en honra suya, y en el que habian escrito este dístico:

A NAPOLEON EL GRANDE,
LOS CARNICEROS EN PEQUEÑO DE GANTE.

Napoleon encontró la inscripcion muy medianamente respetuosa en principios no legítimos; así al dia siguiente habia desaparecido el dístico, sin que hubiese dado siquiera por pretexto, como Lebrun, que encontraba en él un verso demasiado largo.

En su cualidad de antiguo oficial de artillería, Napoleon, al dia siguiente de su llegada, hizo una visita al colosal cañon. Por lo demas,

Margarita la Soberbia, porque es el nombre que lleva esta respetable máquina de guerra, ciertamente merecía el honor que recibía. «Para desalojar á los de la guarnicion de Oudenarde, dice Froissart, los ganteses hicieron construir una bombardita maravillosamente grande, la cual tenia cincuenta y tres pulgadas en la boca, y arrojaba piedras terriblemente grandes, gruesas y pesadas, y cuando esta bombardita disparaba, se oía, de dia, á cinco leguas cumplidas, y de noche á diez; y producía tal estruendo al disparar, que parecia que todos los diablos del infierno estaban en camino.» Tal fué su origen. En cuanto á la etimología de su nombre, los anticuarios eruditos están divididos acerca de tan grave negocio; los unos pretenden que le viene sencillamente del ruido y del estrago que causaba, y que por consecuencia se lo ha adquirido por sí misma. Los otros dicen que le fué dado en memoria de Margarita, condesa de Flandes, apellidada la Dama Negra. Si esta última versión fuese exacta, dispensaría de todo panegírico en favor de la madre de Juan y de Beaudoin de Avesne.

En último resultado, sea que este nombre le obtuviese á título de ilustracion histórica, sea que le fuese dado por los ganteses en memoria del gracioso carácter de su soberana, le llevaba ya cuando estos, en guerra con su buen duque Felipe, se sirvieron de ella en 1452, en el sitio de Oudenarde. Obligados á levantar el sitio, la abandonaron con el resto de su gruesa artillería, y cayó en manos de sus enemigos, que seguian el partido del duque de Borgoña, y que hicieron grabar en ella las armas de este principe. En 1578, la recobraron sus primeros propietarios, que no queriendo esponerla á un deshonor semejante al que habia sufrido, la depositaron junto al mercado del Viernes, donde todavía se le ve hoy, muda y tranquilamente colocada sobre sus tres pies de piedra. Otros mas curiosos que yo que la han medido, dicen que tiene diez y ocho pies de larga y diez pies y seis pulgadas de circunferencia; su abertura dos pies y tres cuartos de diámetro, y pesa treinta y tres mil seiscientos seis libras, es decir, diez y seis mil ciento una libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo, que pasa sin razon, como se ve, por la pieza de artillería de mas calibre de Europa, y que se le metería por la boca.

Despues de dar dos ó tres vueltas al rededor de Margarita la Soberbia, con el mayor interés, mas no obstante, sin haber tenido la curiosidad, como los ingleses, de hacerme meter en ella como en el horno un pan de cuatro libras, fuimos á visitar la iglesia de San Bavon, una de las mas ricas de la cristiandad, y encima de cuya puerta está representado el santo con un halcon en el puño, lo cual al pronto podría hacer creer que, como San Huberto, ganó el cielo cazando. Sin embargo, se caería

en un gran error no buscando mas lejos la causa de su canonizacion, puesto que el halcon no está allí mas que para indicar que San Bavon era noble. En efecto, era nada menos que un rico señor llamado Allowin, oriundo de una de las familias mas antiguas de Herbain. Despues de haber oido un sermón de San Amand, fué á echarse á sus pies, y le preguntó su parecer acerca de lo que debía hacer para entrar en la senda de la salvacion. Habiendo respondido á esta piadosa pregunta el santo obispo que debía hacer penitencia, el neófito distribuyó una parte de sus bienes á los pobres, y dió el resto al monasterio de San Pedro; en seguida, como para desentenderse mas completamente de la vida profana que habia hecho hasta entonces, dejó el nombre de sus padres para tomar el de Bavon, con el que fué canonizado á fines del siglo VIII, despues de haber tenido una vida ejemplar en la selva de Malmédina, cerca de Gante. Sesenta nobles, tocados del mismo espíritu de gracia que su compañero de placer, se convirtieron despues de él, y construyeron, en el local donde habia estado un templo de Mercurio, la antigua abadía de San Bavon, de la que todavía se ven hoy algunas ruinas, en medio de la tambien antigua ciudadela. En cuanto á la catedral que existe actualmente, es la iglesia de San Juan, consagrada en 944 por Trausmarus, y que tomó, hácia 1540, el título de San Bavon, en virtud de una orden de Cárlos V, quien se encontró que el primitivo templo estaba construido en un sitio donde haría mejor efecto una ciudadela: el cabildo colegial se trasladó, pues, á la iglesia donde está hoy, la cual fué erigida en catedral el año 1559.

San Bavon contiene veinte y cuatro capillas, algunas de las cuales están enriquecidas con cuadros notables; la segunda entrando á la derecha, está consagrada á Santa Coleta, y contiene la urna de esta santa, que murió de veinte y tres años, y que tiene este epitafio, rival en delicadeza de dos versos de Malherbes:

Dulcis ancilla Dei, rosa vernalis, stella diurna.

La sexta, siguiendo siempre el mismo lado, contiene uno de los cuadros mas preciosos de Francisco Porbus, que representa á Jesus en medio de los doctores. Segun la costumbre de la época, casi todas las cabezas de los doctores son retratos de personajes contemporáneos del poeta. Así el doctor que está en primer término á la izquierda del espectador, es Cárlos V; el que sigue despues es Felipe, y el tercero, que tiene una inscripcion en su gorra, es el mismo artista.

La undécima contiene el verdadero tesoro de la iglesia; el famoso cuadro de los hermanos Van Eyck, inventores de la pintura al óleo, y representa el cordero del Señor adorado por todos los santos del antiguo y del nuevo

Testamento, teniendo á su derecha los patriarcas y profetas de la misma ley, y á su izquierda los apóstoles y los mártires de la ley nueva; al fondo están los santos secundarios, obispos y vírgenes con ramas de palmera en la mano. Los dos pintores, que en su cualidad de autores del cuadro, podían colocarse en donde querían, se han colocado modestamente entre los mártires.

El gran cuadro sostiene otros tres, de los que es en cierto modo la base.

El de en medio representa á Jesucristo, sentado en un trono y vestido con ornamentos pontificales que legará á San Pedro; con una mano bendice á todos los personajes colocados en el gran cuadro bajo sus pies, en la otra tiene un cetro; á su derecha está la Virgen, á su izquierda San Juan Bautista, y en el fondo, representando la ciudad de Jerusalem y destacándose sobre un cielo azul, están las torres de Maestricht tal como se veían desde la ventana de la habitación donde los dos hermanos habían nacido.

Este cuadro, que tiene de fecha cuatrocientos años, y que se puede oponer á las maravillosas producciones de todas las escuelas que se han sucedido desde aquella época, fué encargado á los hermanos Van Eyck por José de Oytz y su muger, que le regalaron á los canónigos de San Bavon. Como este era el segundo cuadro pintado al óleo (4), su fama no tardó en esparcirse por toda Europa, y comenzaron á establecerse peregrinaciones, que no dejaron de tener gran importancia para los canónigos, puesto que la admiración se convertía en limosnas. Dos de aquellos piadosos peregrinos fueron Alberto Durero y Juan de Maubege, que se arrodillaron ante el cuadro y besaron devotamente el marco.

Felipe no tenía menos admiración religiosa á aquel cuadro que Alberto Durero y Juan de Maubege, así que deseaba mucho poseerle é hizo todo lo que pudo para obtenerle; pero los canónigos se mostraron firmes y rehusaron cederle á ningún precio. Felipe II deseaba mucho tenerle por nada, pero como tenía que hacer estrangular á su hijo, temió indisponerse con la Inquisición, que acaso se hubiese negado entonces á prestarle aquel pequeño servicio. Puso, pues, buena cara á la mala fortuna, y no pudiendo tener el original pidió se le concediese al menos sacar una copia. A esto no tuvieron que oponer los buenos canónigos ningún inconveniente, y Miguel de Coxie, natural de Malinas, pintor del rey, y apellidado Rafael Flamenco, recibió el encargo de ejecutar aquella obra. Como no encontraba en Flandes un azul bastante bonito para sacar el vestido de la Virgen, escribió á Venecia, al Ticiano, que se le enviase. El trabajo duró dos años, mas también una vez

(4) El primero es el Paraiso terrestre, que se encuentra en la iglesia de San Martín de Ipres.

concluido, se dice que costaba trabajo distinguir la copia del original. En recompensa de tan completo triunfo, el artista recibió de Felipe II cuatro mil florines de oro.

Esta copia pintada en madera como el original, la donó el rey de España al Escorial, de donde pasó con algunos otros, á manos de uno de nuestros mariscales de Francia, conocido en toda Europa, no solo por su doble y larga carrera militar y política, sino también por su gusto ilustrado á las artes. Posteriormente, no sé por qué precio, ni con qué condiciones pasó este cuadro á ser propiedad del señor Van Dansaert-Engels, de Bruselas.

Existía una segunda copia de este cuadro en lienzo, inferior á la primera, mas sin embargo, de una gran belleza, que adornó hasta 1796 la casa de ayuntamiento de Gante. En esa época fué vendida á Mr. Iselle, quien le volvió á vender despues á un rico inglés llamado Solly. En cuanto al original, desapareció milagrosamente en el momento que la revolución se disponía á devastar las iglesias; y no menos milagrosamente se volvió á encontrar un día en su puesto, cuando Napoleon restableció el ejercicio del culto; solo que durante su emigración, la obra maestra de los hermanos Van Eyck, había perdido seis retazos adyacentes: los que representaban la cabalgata de Felipe el Bueno, Santa Cecilia tocando el órgano, un coro de ángeles cantando las alabanzas al Señor y la Anunciación, además San Juan y San Pedro pintados de color gris por el mayor de los hermanos, Huberto Van Eyck.

Desgraciadamente para el ladrón de los seis pedazos, que sin duda los ocultó por hábito, no conocía su valor, de modo que los vendió por la suma de seiscientos francos al señor Van Nieuwehuysse, de Bruselas, el cual los vendió á su vez al señor Solly, quien había comprado la copia en lienzo por mil francos. Este último á su vez los vendió al rey de Prusia en cuatrocientos mil. El rey de Prusia, para completar su propiedad, trató entonces con Dansaert-Engels de la copia de Miguel de Coxie y de los dos trozos ó postigos que le faltaban. Los otros seis de la misma copia, que eran inútiles al rey de Prusia, puesto que tenía los originales, fueron vendidos al príncipe Guillermo de Nassau.

El cuadro de su hermano Van Eyck, con los dos postigos restantes, que representaban á Adán y Eva, fué visto por Napoleon á su paso por Gante, el cual se prendó de él con el mismo amor que había inspirado á Felipe II, pero que mas atrevido que el rey español, le echó bonitamente la mano y le envió al Louvre, de donde no volvió hasta 1815. El cicerone de sotana que refirió la historia de la obra maestra de los hermanos Van Eyck, se fijó mucho en esta vicisitud, diciendome que yo debía haberle visto en París, en el tiempo en que la Bélgica se había agregado á la Francia.

Esta horrorosa desgracia la experimentó también el cuadro que se encuentra en la capilla décima cuarta, y que es una de las obras maestras de Rubens: representa á San Bavon recibido en la abadía de San Amand.

Cuando se han visto estos tres cuadros, se puede pasar con los ojos cerrados por delante de las demas capillas y no volverlos á abrir hasta que se ha entrado en el coro.

En efecto, en el coro está una de las obras maestras del escultor Duquesnoy: el sepulcro del obispo Triest, última obra del autor, á quien esperaba un extraño proceso á la salida de la iglesia. Acusado y convicto de violencia consumada en una de las capillas en un niño de coro que le servía de modelo, Duquesnoy fué condenado al fuego y quemado en la plaza del Mercado. El mismo día en que debía ser ejecutada su sentencia, pidió como última gracia ver otra vez el sepulcro que acababa de ejecutar. Creyeron que no debían negarle este favor, y al conducirlo á la hoguera, se desvió el verdugo de su camino, llevó al reo á la iglesia. En cuanto llegó al monumento, Duquesnoy, cuya intención era hacerle pedazos, esperando obtener su perdón á condición de que le volviese á hacer, cogió un martillo que estaba en el suelo, y levantó el brazo sobre la cabeza del obispo; pero un soldado, que conoció su intención, se lanzó á él y desvió el golpe, que cayó sobre la mano y rompió un dedo, que todavía falta hoy. Como la ejecución se verificó al anochecer, y se mantuvo al pueblo á alguna distancia, se dijo por mucho tiempo que se había quemado un maniquí en vez del célebre estatuario, á quien el archiduque dejó escapar; pero la certificación del verdugo, que se ha encontrado despues, no ha dejado duda alguna acerca de la realidad de la ejecución.

Como la historia era bastante escandalosa, mi cicerone me había hecho salir de la iglesia para contármela; por mi parte, como había visto todo lo que había allí de curioso, no creí necesario volver á entrar, y oyendo tocar la salutación en el gran beaterio, me dirigí hácia la calle de Brujas, donde está situada esta comunidad.

Los beaterios es una institución enteramente peculiar de los Países Bajos, y que fué fundada á mediados del siglo VII por Santa Begge, hermana de Pepino de Landeu, y madre de Pepino de Herstal. Reunió muchas beatas bajo la dirección de su hermana Gertrudis, y entrando ella misma en la comunidad que había fundado, murió en ella en 689. El emperador José II, de filosófica memoria, que abolió la mayor parte de los conventos, conservó y protegió la institución de las beatas.

Hay dos beaterios en Gante, el grande y el pequeño; los dos están fundados por la condesa Juana de Constantinopla, hija del emperador Beaudoin, la misma que hizo ahorear al aventurero que se decía su padre. No tenía

yo ninguna preferencia por el grande ó el pequeño beaterio; pero como estaba mas próximo al grande, á éste fué al que me dirigí.

El gran beaterio es una ciudad dentro de la ciudad; ciudad encantadora por su arreglo y limpieza, rodeada de murallas y de fosos llenos de agua, y donde cada beata tiene su casita distinta de la de las demas, y titulada con el nombre de un santo ó de una santa: aquí la reclusa, que por lo demas no pronuncia votos, vive con sus recursos particulares, sin ser carga para la comunidad, que no tiene otra riqueza que la venta del trabajo de cada hermana, la cual conserva plena y completa facultad de testar, y por consecuencia dejar sus bienes á su familia. Las únicas obligaciones comunes á todas, son llevar la antigua capa flamenco sobre su traje de beatas, y sepultar ellas mismas á las hermanas que acaban de morir.

Como he dicho, me había dirigido al gran beaterio en el momento de la salutación, y llegué á tiempo para ver entrar á las beatas en la iglesia. Al llegar al umbral, se quitan su velo de lana negra para ponerse en la cabeza un lienzo blanco plegado, como la gorra de nuestras hermanas grises. Esta operación me permitió ver un instante á cada miembro de la comunidad á rostro descubierto; había muchas feas y viejas, pero en cambio había algunas jóvenes, y entre estas siete ú ocho muy lindas. Como mirase á una de estas últimas que estaba muy pálida, me dijo mi cicerone le recordase que me refiriera la causa de aquella palidez. No olvidé semejante recomendación; así, antes de terminar el Oficio divino, salí de la iglesia haciéndole seña de que me siguiese. Apenas estuve fuera, le intimé me cumpliera su palabra.

Como he dicho ya, entran mugeres de todas edades en las comunidades de beatas; y aunque no hacen votos, es raro que una joven desventurada entrando una vez, se atreva á salir. Así que sucede allí lo que sucede en los claustros; es decir, que á veces el ayuno y la oración son impotentes contra las tentaciones del réprobo, y los deseos del mundo van á perseguir á las pobres reclusas hasta al pie del Crucifijo. Entonces imploran, para dar paso á la sangre que hierve en sus venas y les abrasa el corazón, ó la corona de espinas que ciñe la cabeza del Cristo, ó la lanza que abre su costado, ó los clavos que desgarran sus pies y manos.

Sucedió, pues, que uno de los conserges del gran beaterio, supo por su muger, á quien ellas habían pedido consejo, el estado fatal en que se encontraban algunas de sus pensionistas. Era este un verdadero flamenco, avaro en la especulación, y que imaginó imponer un tributo secreto sobre las tentaciones de la carne: en consecuencia, compró un surtido de cilicios y disciplinas, que alquiló un día á la semana ó al mes, segun que Satanás ponía mas

ó menos encarnizamiento en sus ataques: la idea tuvo todo el éxito que debía esperar; y vencido mas pronto ó mas tarde, el diablo se veía definitivamente obligado á desalojar el puesto.

Satanás no sabia qué hacer y estaba próximo á abandonar la obra de perdición que tan mal le habia salido, gracias á la ingeniosa idea del buen flamenco, cuando atisvó, al pasar el umbral del gran beaterio, á una jóven de diez y siete á diez y ocho años, que iba con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido, á buscar en la soledad el olvido de su amor. En efecto, estando para casarse con un jóven á quien adoraba, se habia visto abandonada por una muger mas rica que ella: desde entonces habia sido Dios su refugio, y tomando su desesperación por vocación habia resuelto ir á buscar la paz entre aquellas santas doncellas á quienes en apariencia habia visto siempre tan tranquilas.

Era una magnífica presa como podia desearla Satanás para hacer el último ensayo de su poder. Así, la pobre niña, engañada en sus esperanzas, sentía aumentar su fiebre todos los días y redoblar cada noche. Casta como una madona, confió sus desconocidos dolores á una amiga; esta, que era una de las mejores parroquianas del conserje, reconoció la enfermedad que ella habia padecido, y la indicó el remedio que habia usado y que la habia curado. Pero esta vez, Satanás estaba resuelto á no confesarse vencido hasta el último extremo; así el cilicio se empleó en el cutis virginal de la niña; la disciplina se cebó en su hermoso cuerpo, sin que grietas ni heridas produjesen el menor alivio. La amiga recurrió al conserje, el cual reflexionó profundamente y prometió proporcionar, en tres días y mediante cierta cantidad, un nuevo instrumento espiatorio ante el que Satanás se veria obligado á retirarse. Al tercer día, el desventurado llevó una cruz de tamaño natural, toda guarnecida de clavos. El remedio, como se adivinará, consistía en echarse encima, con los brazos estendidos y el rostro vuelto hácia el suelo.

Por espacio casi de un mes la pobre niña hizo uso de aquel horroroso refrigerio, sobre el que pasaba horas enteras tendida, y de donde se levantaba con el cuerpo todo ensangrentado; todos los días la visitaba su madre y la encontraba mas pálida y mas débil, y creyendo que aquella palidez y debilidad provenia de su amor, se separaba de ella maldiciendo al que habia reducido á su hija á aquel estado. En fin, una mañana entró mas temprano que de costumbre en la celda de la reclusa, y la encontró desmayada sobre la dolorosa cruz, donde ejecutaba hacia treinta días su impotente pasión.

Llamaron á un médico: los médicos son filósofos, y por tanto, enemigos por lo general de todo lo que contraria los votos de la na-

turalidad y se opone al curso ordinario de las cosas. Esto especialmente cuando la revolución de 1830 habia tronado contra las comunidades religiosas; así cuando vió las mutilaciones de que estaba cubierto el cuerpo de la jóven, y le presentaron el instrumento que las habia producido, quiso armar un grande escándalo. Pero tanto le suplicó la madre que la prometió no revelar el hecho mas que á la autoridad. La madre quiso aun insistir, pero en este punto fué intratable, diciendo que seria en él un crimen dejar subsistir semejante estado de cosas. En efecto, el mismo día dió su declaración; el conserje fué espulsado sin ruido, y como se ve el secreto se guardó perfectamente.

En aquel momento salian las religiosas de la iglesia; busqué con la vista á la jóven, bella y pálida beata, mas ya las santas doncellas habian vuelto á taparse con sus mantos, de modo que me fué imposible reconocerla.

Como yo presumia, segun la progresión que habian seguido las dos primeras, si habia una tercera historia que contarme, no podria referirse; despedí á mi ciccone, pagándole su jornal, y volví á comer á la fonda de los Países Bajos.

Gracias á una luna magníficamente clara, pude continuar por la noche mis investigaciones del día, y como habia dejado para lo último los objetos que habia que ver al exterior, estaba cierto de antemano de que no perderian nada de su poesía con aquella visita nocturna.

En efecto, no sé si es posible encontrar alguna cosa mas maravillosamente pintoresca que la casa ayuntamiento vista á la luz de la luna, no por la parte de su fachada, sino del lado que da á la calle de la Alta Puerta. En efecto, la fachada presenta una serie bastante monótona de columnas sobrepuestas á la manera de Vignole, mientras que todo lo que puede inventar la fantasía en materia de adornos de piedra, se estiende, sube, se suspende, se levanta, vuelve á bajar en la parte opuesta; obra de Justo Pollet, en que el gótico mas trabajado se mezcla á la primera flor del renacimiento.

A pocos pasos del ayuntamiento, y en la esquina de la calle de San Juan, se eleva la torre del concejo, magnífica y cuadrada, coronada todavía hoy, á guisa de veleta, por el dragon bizantino arrebatado por los brujeses de una de las mezquitas de Constantinopla, y cogido por los ganteses á sus vecinos despues de la batalla Beverolt, en que Luis el Valeroso fué derrotado por Felipe de Artebelde; esta torre representa un gran papel en la historia de Gante. En efecto, apenas un pueblo habia obtenido de su señor una carta, es decir, la libertad, su primer cuidado era edificar su torre, en la que colocaba una campana, cada uno de cuyos toques en lo sucesivo era ya un llamamiento á las armas; este era su tambor

y sus trompetas; así, en cuanto los ganteses obtuvieron su carta de Felipe de Alsacia, albañiles y fundidores se pusieron á la obra; deramóse un impuesto voluntario, donde se tasó á todos segun su fortuna, y se comenzó á edificar la torre y á fundir la campana. La torre está todavía en pie, pero la antigua campana popular no existe ya: pesaba doce mil cuatrocientas ochenta y tres libras, y se llamaba Rolando; tenia en relieve dos versos flamencos, cuya traduccion aproximadamente es esta:

Se me llama Rolando. Yo no me pongo en juego sino cuando alguna desgracia amenaza á la Flandes:

Cuando yo toco es el fuego, cuando truena es la tempestad.

En cuanto al dragon bizantino, continúa dando vueltas con el viento del modo mas triunfante; es un animal completamente quimérico, que desde abajo parece del tamaño de un doguito y desde lo alto como un buey. En los días de fiesta, el antiguo trofeo es iluminado con antorchas, y un hombre oculto en su vientre, le hace arrojar por la boca llamas y cohetes. Para el nacimiento de Carlos V, por ejemplo, se habia establecido un puente de cuerdas entre el remate de la torre y el de la de San Nicolás, de modo que por espacio de muchos días, los habitantes tuvieron el placer de pasearse trescientos pies por encima de los tejados de sus casas.

Volví de la torre al mercado de Pescado, porque es una de las cosas que vale mas verla á la claridad de la luna que al resplandor del sol; examinado así, y con las gigantescas sombras y caprichosos claros que se proyectan en ella, la fachada, con su delphin de Van Pouke, sus dos rios que representan el Escalda y el Lys, por Paoli de Amberes, y su Neptuno de Gry Hedesemberg, no carece de cierta grandiosidad que en medio del día debe pecar de amanerada. Verdad es que se pierden los cuatro versos latinos inscriptos en el friso, y que se dejará aquel sitio sin saber qué

«El Lys trasporta las mercancías que envia el Artois, y deja brillar el pescado en sus tranquilas ondas (1).»

Y que

«El Escalda riega el Hainau y atraviesa á Gante para ir á arrojar en la mar sus aguas rápidas (2).»

Pero es una desgracia de que se consuela cualquiera fácilmente, por poco que se hayan

- (1) *Lysa veluit merces quas nunc Artesia mittit, Et placido gaudens flumine pisee scat.*
- (2) *Hamonia servit Scaldi, Gandamque secando In mare festinans volvens pergit aquas.*

leído las primeras cuatro páginas de la geografía de la infancia.

Del mercado del Pescado á la calle del Brengn, se va por un puente que todavía hoy se llama de la Degollación; este nombre perpetua una tradición popular que no hace honor á la piedad filial gantesa. En 1374, habiendo sido condenado á muerte un ciudadano por un crimen político, y muerto el verdugo el día mismo en que debía verificarse la ejecución, se encontraron los magistrados muy embarazados para dar curso á la justicia. En consecuencia hicieron publicar que si algun aficionado deseaba cortar una cabeza, no solo seria bien recibido, sino que se le daría una buena recompensa. El aficionado no se hizo esperar: era el hijo del reo: felizmente no permitió Dios que se consumase tan horrible homicidio; al tocar á la garganta del padre la espada del hijo, se rompió por milagro en mil pedazos. Los magistrados perdonaron al paciente: en cuanto al verdugo, recibió la recompensa prometida, pero fué espulsado de la ciudad.

Dos cosas eternizan el recuerdo de este milagro: la una es un cuadro de la mas antigua escuela alemana que se ve todavía hoy en el ayuntamiento, y que representa al hijo levantando la espada sobre la cabeza de su padre; el otro era un grupo de bronce, que colocado en el puente mismo, permaneció allí hasta 1794, época en que desapareció para volver á la fundición.

Volví á la fonda por el muelle de las Yervas, á fin de ver la casa de los Bateleus, encantador edificio del siglo XVI, situado exactamente al frente del palacio del conde de Egmont.

Creía haber visitado todo lo que Gante encierra de notable, cuando al referir á mi huésped la lista de las curiosidades que habia examinado, me preguntó si habia visto una escuela de canarios. Se lo hice repetir dos veces creyendo haber oído mal, ó que canario era una palabra flamenca que tuviese una significacion enteramente especial y representase alguna clase educable de la sociedad; pero mi huésped, mortificada por la idea que habia podido tener de que los belgas, una de cuyas pretensiones de las mas arraigadas es la de hablar el francés mejor que en Francia, habian podido deslizar una palabra patois en nuestro idioma, me replicó que efectivamente se trataba del pajarillo que sin razon se cree originario de las Canarias, y cuya verdadera patria es Holanda. En efecto, esta observacion ornitológica fué un rayo de luz para mí, y recordé haber visto en Paris los canarios holandeses, que bailaban en la cuerda, disparaban el cañon, hacian el ejercicio, fusilaban á uno de sus camaradas que habia desertado, y le depositaban en la tierra con tanta gravedad como hubiera podido hacerlo un cofrade de penitentes.

Pregunté, pues, á mi huésped si la institución que habia yo tenido la desgracia de olvidar, era un establecimiento de aquel género; mas me contestó que en la ciudad de Gante no eran las cualidades físicas de los canarios las que se trataba de desarrollar, sino por el contrario, sus facultades morales, que se exaltaban adornando su memoria con una porción de aires de organillo, que les hacían los pájaros mas instruidos, musicalmente hablando, del mundo conocido. En efecto, hay alguno de aquellos discípulos que al salir del Conservatorio sabe hasta treinta ó cuarenta piezas diferentes, que va en seguida á repetir en las cuatro partes del mundo. Uno de los consejeros municipales, añadió mi huésped, poseía el mas bello instinto que se podía ver en aquel género; y frecuentemente tenia hasta cincuenta ó sesenta estudiantes, á los que prodigaba los mas tiernos cuidados. Estos cuidados, por lo demas, hacen tanto mas honor á los que se consagran á ellos, cuanto que cambian completamente sus hábitos. Así el venerable consejero municipal, en lugar de divertirse por la noche con sus amigos, sea en el café de la ciudad, ó en alguna reunión particular, y de irse á acostar en seguida pacíficamente, en cuanto caía la bruma, abandonaba todo por su organillo de canarios, é iba de jaula en jaula despertando á los suyos, y tocándoles veinte ó veinte y cinco veces la misma tocata, de modo que no se acostaba hasta rayar el día. En verdad, algo padecían los negocios municipales con aquella afición nocturna á la melodía; pero la ciudad creía que el lustre que para ella resultaba de semejante instituto, compensaba, y aun mucho mas, el perjuicio que pudiera traerla la falta de las luces administrativas de su consejero, que se dormía generalmente desde que empezaban hasta que concluían las deliberaciones, y no se despertaba mas que para votar; de modo que en vez de cansar con negocios al fundador del instituto, le habia aprobado por tres años seguidos la exorbitante pensión fundada para la educación de los canarios, y que ascendía á quinientos florines.

Esta recompensa habia animado al director de tal modo, que no habia desesperado, despues de haber hecho cantar á sus discípulos, de hacerlos hablar. En efecto, al verificarse el casamiento del rey Leopoldo, pensó, como el zapatero de Roma, enseñar á alguno de sus pájaros alguna máxima ó proverbio apropiado á las circunstancias. Pero despues de haber hojeado á La Rochefoucault y don Quijote, no habiendo encontrado nada, resolvió, no siéndole extrañas las bellas letras, y habiendo sido en su juventud profesor de francés, componer él un distico que espresase á los nuevos esposos el júbilo que experimentaba al verlos unidos. Púsose, pues, á la obra: al cabo de ocho dias estaba hecho el distico, y á los dos meses el inteligente animal lo repetía como una persona. He aquí este distico.

tan notable por los sentimientos patrióticos que encierra como por la riqueza de su rima:

*Regocijese Bruselas,
Leopoldo y Luisa se velan.*

Presentaron el canario á sus magestades, quienes rieron mucho, pero no le compraron.

El consejero municipal, furioso, le vendió á un inglés por la cantidad de diez guineas, y disgustado por aquel experimento, se dedicó con sus estudiantes únicamente á la música instrumental, que continuó enseñándoles con el mayor éxito.

BRUJAS.

Brujas ha recibido su nombre, segun se asegura, de la palabra *Brug*, que en flamenco quiere decir puente. En efecto, bien contados, posee la ciudad, creo, cincuenta y seis, lo cual me parece mas que suficiente para una poblacion de cuarenta y dos mil almas.

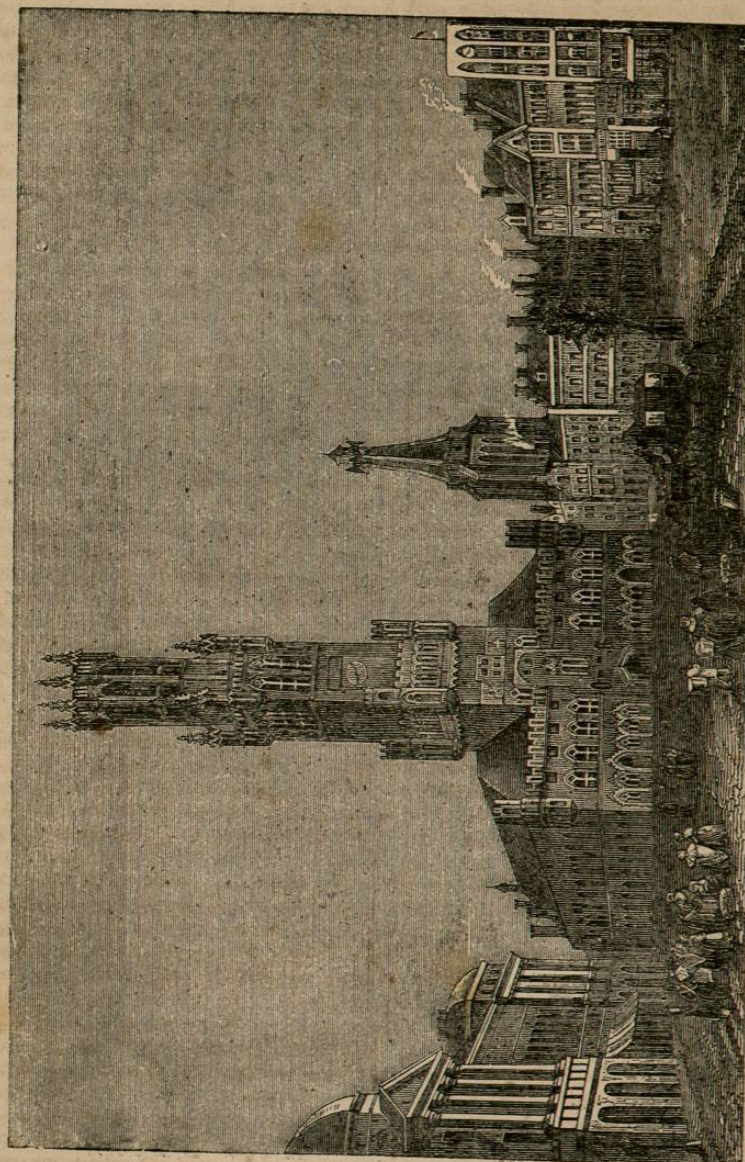
Tiene ademas siete puertas, ocho plazas públicas y doscientas calles. Así el maestro Adriano Bartand, profesor de elocuencia en Lovaina, donde ha fallecido en 1542, ha dicho:

«Pulchra sunt oppida Gaudavum, Antuerpia, Lovanium, Mechlina, sed nihil ad Brujas.»

Lo cual significa:

«Gante, Amberes, Lovaina y Malinas son bellas ciudades, pero nada en comparacion de Brujas.»

En efecto, en la época en que el buen doctor escribía este pomposo elogio, es decir, bajo el reinado de Felipe el Bueno, Brujas no solo era una de las mas bellas, sino tambien de las mas ricas ciudades del mundo. Solo la poblacion de tejedores contaba cincuenta mil hombres, es decir, ocho mil mas que cuenta hoy toda la poblacion; y en tiempo de Guicciardini, aunque Brujas estaba ya en decadencia, se encontraban en ella sesenta y ocho oficios ó corporaciones diferentes. Añádase á esto una clase media poderosa, que hizo temblar mas de una vez, no solo á sus condes, sino tambien á los reyes de Francia, un gran número de familias nobles, diez y siete casas consulares de las principales naciones de Europa, una poblacion flotante de negociantes extranjeros que afluyen allí de todas partes del globo, y se tendrá una idea de lo que era la capital de Flandes en una época en que habiendo sido hecho prisionero Juan de Borjoña, y puesto á rescate, un simple negociante



Vista de la ciudad de Brujas. — Pág. 28. — O.